

www.elboomeran.com

Rithy Panh
Christophe Bataille

La eliminación

Traducción de Joan Riambau



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
L'élimination
© Éditions Grasset & Fasquelle
París, 2011

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Paul Chesley / National Geographic / Getty Images

Primera edición: marzo 2013

© De la traducción, Joan Riambau, 2013
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2599-2
Depósito Legal: B. 1259-2013

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Duch: «Señor Rithy, ha olvidado un eslogan aún más importante: las deudas de sangre se saldan con sangre.»

Me sorprende: «¿Por qué ése? ¿Por qué no un eslogan más ideológico?»

Duch me mira fijamente: «Los jemeres rojos son la eliminación. El hombre no tiene derecho a nada.»

A mi padre, Panh Lauv
A Vann Nath

Kaing Guek Eav, conocido como Duch, fue el responsable del centro de tortura y ejecución S21, en Phnom Penh, de 1975 a 1979. Añade que eligió ese nombre de guerra en recuerdo de un libro de su infancia, en el que el pequeño Duch era un *niño obediente*.

Al menos 12.380 personas fueron torturadas en ese lugar y a los martirizados que habían confesado los ejecutaban en el «campo de la muerte» de Choeung Ek, a quince kilómetros al sudeste de Phnom Penh, igualmente bajo la responsabilidad de Duch. En el S21 nadie escapaba a la tortura. Nadie escapaba a la muerte.

En la cárcel del tribunal penal apadrinado por la ONU, las Salas Especiales de los Tribunales de Camboya, Duch me dice con su voz agradable: «El S21 era el final. Ya no servía de nada rezar, no eran más que cadáveres. ¿Humanos o animales? Ésa es otra historia.» Observo su rostro de anciano, sus grandes ojos soñadores, su mano izquierda tullida. Adivino la crueldad y la locura de sus treinta años. Comprendo que haya podido despertar fascinación, pero no tengo miedo. Estoy en paz.

Unos años antes, para preparar mi película *S21, la máquina de matar de los jemeres rojos*,¹ mantuve largas conversaciones con guardianes, torturadores, verdugos, fotógrafos, enfermeros o chóferes que trabajaron bajo las órdenes de ese hombre. Muy pocos de entre ellos fueron procesados judicialmente. Todos se hallaban en libertad. Sentados en lo que fuera una celda, en el corazón del centro S21 convertido en museo, uno de ellos me soltó: «¿Los prisioneros? Eran como pedazos de madera.» Se echó a reír nerviosamente.

En la misma mesa, frente al retrato de Pol Pot, otro me explicó: «Los prisioneros no tenían derecho alguno. Eran mitad hombres, mitad cadáveres. No eran hombres y tampoco cadáveres. Eran como animales sin alma. No teníamos miedo de hacerles daño. No temíamos por nuestro karma.» También a Duch le pregunto si sufre pesadillas, por las noches, por haber electrocutado, golpeado con cables eléctricos, clavado agujas bajo las uñas, obligado a comer excrementos, transcrito confesiones que eran mentiras, degollado a mujeres y a hombres con los ojos vendados junto a la fosa rodeados por el rugido del grupo electrógeno. Reflexiona y al cabo me responde, bajando la vista: «No.» Más tarde, filmo sus risas.

No me gusta la palabra *trauma*, que se utiliza sin cesar. Hoy no hay individuo o familia que no tenga su trauma,

1. La película *S21, La machine de mort khmère rouge* se estrenó en España en 2003 en la Seminci de Valladolid con el título *S21, la máquina de muerte de los jemeres rojos*. Posteriormente, fue objeto de distribución comercial en 2009 con el título *S-21: La máquina roja de matar*, que extrañamente omite la referencia a los jemeres rojos del original. (N. del T.)

pequeño o grande. En mi caso, es una pena sin fin; imágenes imborrables, gestos que ahora ya son imposibles, silencios que me persiguen. Pregunté a Duch si soñaba, por las noches, en su celda del tribunal penal. Un hombre que dirigió un lugar como el S21 y, con anterioridad, el M13, otro centro de detención y ejecución en la jungla, ¿no ve en sus pesadillas los rostros martirizados que lo llaman y le preguntan el porqué? Como el de la joven y bella Bophana, de veinte años, torturada atrocemente durante varios meses.

Por mi parte, desde que los jemereros rojos fueron expulsados del poder, en 1979, no he dejado de pensar en mi familia. Veo a mis hermanas, a mi hermano mayor y su guitarra, a mi cuñado y a mis padres. Todos muertos. Sus rostros son talismanes. Aún veo a mis sobrinos y a mi sobrina, hambrientos. ¿Qué edad tendrían? ¿Cinco y siete años? Respiran con dificultad, con la mirada extraviada, jadeando. Recuerdo los últimos días, el cuerpo que ya anuncia el desenlace. Recuerdo la impotencia, los labios infantiles cerrados. Duch parece sorprendido por mi pregunta. Reflexiona y simplemente me dice: «¿Sueños? No. Jamás.»

Si hoy cierro los ojos, me acuerdo de todo. Los arrozales secos. La carretera que cruza el pueblo, cerca de Battambang. Hombres de negro contra el horizonte en llamas. Tengo trece años. Estoy solo. Si mantengo los ojos cerrados, veo el camino. Sé dónde se halla la fosa común, detrás del hospital de Mong, no tengo más que extender la mano: la fosa está justo delante de mí. Sin embargo, abro los ojos a tiempo. No veré esa nueva mañana, ni la tierra acabada de arar, ni la tela amarillenta con la que envolvemos los cuerpos. He visto muchos rostros, inmóviles, con muecas. He enterrado

a muchos hombres con el vientre hinchado y la boca abierta. Dicen que sus almas errarán por toda la tierra.

Yo también soy un hombre. Estoy lejos. Estoy vivo. Ya no conozco los nombres ni las fechas. El tan temido jefe que cabalgaba por la comarca; la mujer casada a la fuerza; los cuchitriles en los que dormí; los altavoces que vociferaban de buena mañana. Ya no sé nada. Lo que hiera carece de nombre.

Hoy ya no busco la verdad sino la palabra. Quiero que Duch hable y se explique –sobre todo él–; que cuente la verdad; su trayectoria; lo que fue, lo que quiso o creyó ser, puesto que al fin y al cabo vivió, vive, fue un hombre e incluso fue un niño. Que al responder así, el hijo de comerciante incompetente y endeudado, el estudiante brillante, el profesor de matemáticas respetado por sus alumnos, el revolucionario capaz de citar a Balzac y Vigny, el dialéctico, el verdugo principal, el maestro en torturas, se encamine hacia la humanidad.

En 1979 aterricé en Grenoble y fui acogido por mi familia. No expliqué lo que había vivido, o apenas. Escribí un breve texto en jemer acerca de aquellos cuatro años. Esas páginas de antaño se pierden en el tiempo. No volveré a verlas. Hablar es difícil.

Empecé el colegio y descubrí el país con el que tanto había soñado, y la libertad. Hacía frío y los días eran oscuros. No sabía leer, ni escribir, ni hablar francés o muy poco. Estaba en otro sitio. Tenía pocos amigos. ¿Qué decir y a quién? Pronto me dediqué a la pintura. Copiaba. Esbozaba. Dibujaba alambradas de espino y cráneos. Hombres con trajes de rayas. Arcos de metal vigilados por perros. Luego empecé a tocar la guitarra; y descubrí la ebanistería.

Un día, un alumno inmenso me acorraló en un pasillo y me golpeó en la cabeza. Eso hizo reír a sus compañeros. Me golpeó una vez, luego dos, luego tres. Le supliqué que parara, porque en Camboya la cabeza es sagrada, pero él continuó. Estaba yo de espaldas contra la pared y de repente todo cambió. Sentí una fuerza inusitada en las manos, me abalancé sobre él y lo aporreé. Cayó un velo ante mí y un instante después, al abrir los ojos, el tipo estaba en el suelo, acurrucado, con el rostro ensangrentado. Me retenían, agarrándome de los brazos entre varios. Respiraba dificultosamente. Temblaba.

Los meses siguientes, por miedo a las represalias, llevé en la cartera un tubo metálico envuelto en papel de periódico. Afortunadamente, no lo necesité.

Así pervive la violencia. El mal que me infligieron se halla dentro de mí. Ahí está, intenso. Me acecha. Se requieren muchos años, muchos encuentros, muchas lágrimas y muchas lecturas para domeñarlo. No me gusta esa mañana sangrienta y, treinta años después, no me gusta explicarla: no se trata de vergüenza sino de indecisión.

El dibujo y la ebanistería me conducían al silencio. Elegí el cine, que ofrece el mundo y la belleza, y también las palabras: creo que me permite desahogar mi furia.

Desde esa época, recelo de la violencia. Mantengo las armas lejos de mí y evito los huecos de las escaleras, las terrazas, los precipicios, las vistas panorámicas, los acantilados. Es muy fácil caerse y ya he vivido demasiadas cosas. Si estoy en un balcón, no puedo resistirlo y cuento los segundos que necesitaría para llegar al suelo. Pero no me rindo, y voy a entrevistar a Duch con mi cámara, durante cientos de horas. Necesito estar frente a él. Tal vez el cine no sea más que un pretexto para acercarme a él. Quiero que los que cometieron ese mal lo digan. Que hablen.

No había previsto hacer una película sobre ese hombre, pero no me gusta su ausencia en *S21, la máquina de matar de los jemes rojos*, que es prácticamente una prueba de cargo contra él: todos lo acusan. Es como si faltara un elemento esencial de la investigación: la palabra de Duch.

Recuerdo las imágenes descartadas en el montaje de *S21*, cuyo rodaje duró tres años. Quería abordar esa historia pero a la vez mantener la distancia, sin sacralización ni banalización. Primero me reuní con los torturadores en sus casas. Hablé con ellos. Traté de convencerlos. Luego los filmé en los mismos escenarios en que cometieron sus actos. A menudo contraté a alguien para reemplazarlos en sus labores en el campo, puesto que el rodaje podía durar varios días. Los alojé y les di de comer. Unas veces estaban solos; otras, junto a otros «camaradas interrogadores». Hablaban entre ellos, discutían. Se evitaban. Quería que se aproximaran a la verdad y la sintieran, que desvelaran las pequeñas mentiras y se enfrentaran a las grandes. Luego se reunieron con el pintor Vann Nath, uno de los pocos supervivientes del centro, sereno y justo.

Filmar sus silencios, sus rostros, sus gestos: ése es mi método. No fabrico el acontecimiento, sino que creo situaciones para que los antiguos jemes rojos piensen en sus actos. Y para que los supervivientes puedan contar lo que sufrieron.

Planteé las mismas preguntas a los verdugos. Diez veces, veinte si era necesario. Y aparecían detalles, contradicciones y nuevas verdades. Su mirada fluctuaba o se volvía huidiza. Pronto acababan diciendo lo que habían hecho. ¿Alguno de ellos recordaba haber torturado a la una de la madrugada? Estábamos a esa hora en el S21. Luz

artificial. Murmullos. Pasó una motocicleta. Alrededor de nosotros, las ranas mugidoras; los crujidos de la noche; una familia de búhos.

En su primera versión, un torturador del grupo «mordaz», al que le mostré la foto de una mujer joven, la reconoció: «Confesó, pero no la toqué.» Una hora más tarde, murmuró: «Cogí una rama de guayabo y la azoté un par de veces. Se meó encima. Rodó por el suelo llorando. Luego pidió un bolígrafo. Como escribía muy mal, le cogí el bolígrafo y fui yo quien escribió su confesión.» Se la acusaba —ella misma se acusaba— de sabotaje: habría inyectado agua en la perfusión de los enfermos y ensuciado el quirófano. ¿Era eso creíble? Vi a ese hombre bajar la vista, hablando con voz queda. No lo creí más que parcialmente. Fue muy violento con esa mujer. Al cabo de tres días, tenía la ropa desgarrada y el rostro fatigado. Pasó un mes en el S21.

Ese mismo hombre explicó que torturaba durante noches enteras; que a veces se quedaba dormido junto a su prisionero. ¿Se imaginan los grilletes sucios al pie de las sillas de madera? ¿El somier metálico en el que sufrió convulsiones el hombre que luego dormía? ¿Las tenazas, las barras de hierro, las agujas, las mordazas? ¿El olor a sangre? Cada veinte minutos, Duch o su adjunto Mâm Nay telefoneaban al torturador para preguntarle si había progresado, le daban indicaciones y la tortura proseguía.

El mismo torturador explicó que en varias semanas obtuvo casi treinta «confesiones» sucesivas de un prisionero. Cada confesión, de una veintena de páginas, tenía que estar disponible en tres copias. La más importante se dactilografaba. Una locura administrativa. Duch la leía minuciosamente y devolvía al torturador el texto anotado y subrayado, con peticiones de aclaraciones y nuevas preguntas. Las sesiones volvían a comenzar.

En mi despacho de Phnom Penh, los armarios metálicos forman un muro. Contienen cartas, cuadernos, grabaciones de sonido, archivos, estadísticas demoledoras y mapas. Al lado, un local climatizado contiene los discos duros: las fotos, las grabaciones radiofónicas, los films de propaganda de los jemeres rojos y las declaraciones ante el tribunal penal. Todo el drama camboyano está ahí. Los jemeres rojos entraron en la capital el 17 de abril de 1975. Cuando fueron derrocados por las tropas vietnamitas, en enero de 1979, se contabilizó la cifra de 1,7 millones de muertos, lo que suponía casi un tercio de la población del país.

Al igual que en otras ocasiones, las aspas de un gigantesco ventilador arremolinan el aire asfixiante. La ciudad viene a mí, con sus gritos, bocinas, risas de chiquillos y actividad. Abro una gruesa carpeta y observo los rostros desaparecidos. A algunos les tengo mucho afecto. Conozco su historia y he leído sus confesiones. Otros aparecen y desaparecen en mis sueños y aún no conozco sus nombres. ¿Qué piden los muertos? ¿Que se piense en ellos? ¿Que se los libere juzgando a los culpables? ¿O quieren que se comprenda *lo que sucedió*?

En mis manos, una fotografía un poco rayada, desenfocada. Duch entra en una sala de banquetes y parece sonreír a la decena de personas sentadas a la mesa, que no lo miran. Viste, como siempre en esa época, pantalón negro. Eligió, sin embargo, una camisa gris oscuro, me precisa. Qué misterio: ¿cómo ese hombre tranquilo llegó a convertirse en uno de los grandes verdugos del siglo XX? Parece que irrumpiera subrepticamente. Sin aspavientos. Lo imagino en 1943: tenía un año. Sus padres se marchan al campo. Su madre, jemer. Su padre, chino. Creció en la provincia de Kompong Thom, junto a sus hermanas. Era un alumno brillante y

pronto se dieron cuenta de ello, y prosiguió su escolarización en Siem Reap y luego en la capital, en el prestigioso liceo Sisowath. El año del bachillerato, obtuvo la segunda mejor nota media del país. Eligió la enseñanza de las matemáticas y así conoció a Son Sen, que más tarde sería su jefe y miembro del Comité Central. Dedicó toda su vida a la revolución y a la ideología.

Considerado el instigador de una revuelta en la provincia natal de Pol Pot (por aquel entonces era director adjunto de una escuela), Duch fue encarcelado tres años. Liberado en 1970, se echó al monte. Un año después, se hallaba al frente de los «servicios de seguridad» de la Zona Especial, en la jungla. Hasta 1975 dirigió el centro M13, donde sin duda fueron torturados y ejecutados miles de camboyanos. Allí fue donde pulió su organización y desarrolló su método: «En 1973, en el M13, recluté a niños. Los escogí según la clase social: campesinos de clase media o pobres. Los puse a trabajar y luego los llevé al S21. Esos chiquillos se forjaron con el movimiento y el trabajo. Los obligué a vigilar e interrogar. Los más jóvenes se ocupaban de los conejos. Vigilar e interrogar pasaba por delante de la alfabetización. Su nivel cultural era bajo, pero me eran fieles y confiaba en ellos.»

Duch primero circulaba en bicicleta y luego en una moto Honda. Unos campesinos de Amleang explican: «Cuando oíamos la cadena de su bici, nos escondíamos.»

En primer plano, una mujer parece darle el pecho a un bebé. Sólo puedo ver su espalda erguida, la nuca, su cabello corto. Duch fue preciso: se trata del banquete nupcial del camarada Nourn Huy, llamado Huy Srê, responsable del S24, un anexo del S21. Más adelante, el camarada sería ejecutado, al igual que su mujer, por orden de Duch. Dejo la foto sobre la mesa. Incluso con todo lujo de detalles, una biografía siempre es un enigma.